

## XXVII

El conde Ganelón se retira a su campamento, y se adereza con las mejores armas que posee. A sus pies pone espuelas de oro, y ciñe a su costado la espada Murglés. Monta en su corcel Tachebrún, mientras le sostiene el estribo su tío Guinemaro. Allí hubieseis visto llorar a muchos caballeros. Todos le dicen:

-¡Lástima da ver nuestra proeza! Mucho tiempo morasteis en la corte del rey, y todos os tuvieron por noble vasallo. Al que os señaló para partir ni el mismo Carlos podrá proteger ni salvar. No, el conde Roldán no debió pensar en vos, que descendéis de ilustre linaje.

Y después le dicen:

-Señor, llevadnos con vos.

-No place así a Dios nuestro señor -responde Ganelón-. Mejor es que sólo yo muera y vivan tantos buenos caballeros. A la dulce Francia, señores, habéis de volver. Saludaréis en nombre mío a mi esposa y a Pinabel, mi amigo y Par. Y a Balduino, mi hijo... Dadle vuestra ayuda y tenedle por vuestro señor.

Ya en camino, empieza a andar.

## XXVIII

Bajo los altos olivares cabalga Ganelón. Ha alcanzado a los mensajeros sarracenos y a Blancandrín, que se ha rezagado con él. Ambos departen con gran cautela, y dice Blancandrín:

-¡Varón maravilloso es Carlos! Conquistó Apulia y toda la Calabria. Cruzó la mar salada y logró para San Pedro el tributo de la Inglaterra. Mas ¿qué pretende hallar aquí, en nuestra tierra?

-Tal es su placer -responde Ganelón-. No se hallará hombre que le valga.

## XXIX

Blancandrín dice:

-Gentes muy nobles son los francos. Pero un gran daño están haciendo a su señor esos condes y esos duques que le aconsejan de tal guisa. Le apremian y le pierde a él y a muchos otros con él.

-Eso -responde Ganelón- no es verdad, que yo sepa, de nadie sino de Roldán, el cual algún día ha de padecer por ello. Una mañana estaba el emperador sentado en la sombra, y se le acercó su sobrino, con la cota puesta, que de los bordes de Carasona venía con el botín. En la mano traía una manzana bermeja, y dijo a su tío: -Tomad, hermoso señor. De todos los reyes yo os doy en presente las coronas-. Su mismo orgullo ha de perderle, porque cada día se abandona a la muerte. Venga quien le mate, tendremos paz plena.

## XXX

-Roldán -dice Blancandrín- es digno de odio; quiere reducir a su merced toda nación y sobre toda tierra tiene pretensiones. Más para tales empresas, ¿con qué cuenta?

-Con los francos -responde Ganelón-. Tanto le quieren, que nunca le han de faltar. Él les da profusamente oro y plata, mulos y corceles, mantos de seda y armaduras. Al mismo emperador le ofrece todo lo que quiere. Y él le conquistará estas tierras hasta Oriente.

## XXXI

Tanto cabalgaron Ganelón y Blancandrín, que uno al otro se hicieron, en buena fe, una promesa: buscar cómo hacer que maten a Roldán. Tanto cabalgaron por caminos y veredas, que ya echan pie a tierra en Zaragoza, cabe un tejo.

A la sombra de un pino se ha levantado un trono guarnecido de seda de Alejandría. Allí está el rey que tiene toda España. Veinte mil sarracenos le rodean, ninguno de ellos dice palabra, por las nuevas que podrían escuchar. He aquí que se acercan Ganelón y Blancandrín.

## XXXII

Blancandrín se aproxima al rey Marsil, trayendo de la mano al conde Ganelón, y dice así:

-Salud en nombre de Mahoma y de Apolo, cuyas santas leyes guardamos. Hemos llevado a Carlos vuestro mensaje. Alzó sus dos manos al cielo, alabó a su Dios, sin dar otra respuesta. Os envía, helo aquí, un suyo noble barón, que de Francia es y ricohombre. Por él sabréis si tendréis o no paz.

-Que hable -responde Marsil-. Le escuchamos.

## XXXIII

Pero el conde Ganelón ya lo había pensado. Comienza a hablar con gran arte, como hombre que sabe hablar bien. Y dice al rey:

-¡Salud en nombre del Dios el Glorioso, a quien debemos adorar! He aquí lo que os manda Carlomagno, el esforzado. Recibid la santa ley cristiana y él os dará en feudo la mitad de España. Si no queréis aceptar este acuerdo, seréis cautivo, y atado de viva fuerza, a la ciudad de Aquisgrán seréis llevado; ahí, por juicio, acabará vuestra vida. Moriréis de muerte infamante y vil.

Se estremece el rey Marsil. En su mano tiene un dardo, de oro recubierto; quiere lanzarlo, pero es impedido.

## XXXIV

El rey Marsil tiene mudada la color, blande su jabalina. Cuando Ganelón le ve, pone mano a su espada, sacándola de la vaina, a la largura de dos dedos. Le dice:

-¡Bella y clara sois! ¡Tanto tiempo en corte real os he llevado! ¡Y nunca dirá el rey de Francia que fenecí yo solo contigo en tierra extranjera, sin que los más valientes os hayan comprado por vuestro precio!

-¡Rechuyamos la contienda! -se dicen los infieles.

## XXXV

Tanto le rogaron los sarracenos, los mejores entre ellos, que sobre su trono se ha vuelto a sentar Marsil. Y dice el califa:

-Nos ponéis en un mal paso al querer abatir al francés. Debéis escucharle y atenderle.

-Señor -dice Ganelón-: cosas son éstas que conviene que yo tolere. Pero por todo el oro que Dios hizo, ni por todas las riquezas que hay en esta tierra, callaría yo, si ha lugar, todo lo que Carlos, el poderoso rey, os manda, por mí, como a su mortal enemigo.

Ganelón llevaba un manto de marta cibelina recamado de seda de Alejandría. Se despoja de él y Blancandrín le recibe. Pero su espada bien se guarda de soltarla. La sostiene su puño derecho por el pomo dorado. Y los infieles dicen:

-¡Es un noble barón!

## XXXVI

Ganelón avanza hacia el rey, y le dice:

-Os irritáis injustamente porque Carlos, que reina sobre la Francia, mande deciros esto: Recibid la ley de los cristianos, y él os otorgará en feudo la mitad de España. La otra mitad será para Roldán, su sobrino. ¡Lo partiréis con un vecino muy orgulloso! Si vos no queréis aceptar este trato, el rey vendrá a cercaros en Zaragoza. A viva fuerza seréis cautivo y atado, y os llevarán a la ciudad de Aquisgrán sin que para el camino tengáis palafrenero ni caballo de batalla, mulo ni mula, donde podáis cabalgar; sino que os arrojarán sobre una mala bestia de carga. Y entonces, por juicio, os cortarán la cabeza. Nuestro emperador os envía este breve.

Y lo alarga al infiel con la mano derecha.

## XXXVII

Palidece de enojo el rey Marsil. Rompe el sello, arroja al suelo la cera, mira el breve y ve lo que allí está escrito.

-Carlos, que posee la Francia en su bailía me manda acordarme de su dolor y de su cólera por Basán y su hermano Basilio, de quienes tomé las cabezas en los montes de Peralilla. Si quiero rescatar mi vida, ordena que le mande al Califa, mi tío, sin lo cual nunca seré por él amado.

Entonces el hijo de Marsil toma la palabra. Le dice al rey:

-Ganelón ha hablado como un loco. Ha hablado de más; ya no tiene derecho a vivir. Entregádmelo, y haré justicia.

Cuando esto escucha Ganelón, blande su espada, retrocede hacia un pino, sus espaldas contra el tronco.

## XXXVIII

Se retiró Marsil a su vergel, se llevó consigo a sus mejores vasallos. Va con ellos Blancandrín, el del pelo encanecido; Jurfaret, su hijo y heredero, y el Califa, su tío y fiel. Blancandrín dice:

-Llamad al francés. Él ha de servirnos; me lo ha jurado por su fe.

-Traedle, pues, -dice el rey-. Y Blancandrín toma por la mano derecha a Ganelón y lo conduce por el vergel hasta el rey. Entonces se discute la vil traición.

## XXXIX

-Buen caballero Ganelón -le dice Marsil-. Os traté con harta ligereza cuando, llevado por mi cólera, quise heriros. Quiero ofreceros en prenda estas pieles de marta cibelina, las que en oro valen más de quinientas libras. Antes de la noche de mañana os habré pagado con hermoso desagravio.

-No lo rehúso -responde Ganelón-. ¡Que Dios, si a Él place, os lo recompense!

## XL

Marsil dice:

-Ganelón, sabed, en verdad, que dispuesto está mi corazón a amaros mucho. Quiero escucharos hablar de Carlomagno. Ya es muy viejo, ya ha gastado su tiempo. A mi parecer que ya tendrá unos doscientos años pasados. Ha llevado su cuerpo por tantas tierras, ha recibido su escudo tantos mandobles, a tantos ricos reyes ha reducido a la mendicidad, ¿cuándo se cansará de guerrear?

-Carlos -responde Ganelón- no es aquel que vos pensáis. No hubo hombre que al verle y conocerle no dijese que el emperador es un valiente. Yo no sabría encarecerle y loar bastante; hay en él más honor y virtudes que pudieran expresar mis palabras. Su gran valor, ¿quién puede describirlo? ¡Dios hizo resplandecer en él tanta nobleza! Prefiere la muerte a faltar a sus barones.

## XLI

Dijo el pagano:

-Me maravillo y hay causa para ello. Este Carlomagno tan viejo y lleno de canas, a mi entender tiene doscientos años, o más. Por tantas tierras ha llevado su cuerpo con fatigas; tantos tajos de lanzas y jabalinas ha recibido; ha reducido a mendigar a tantos reyes ricos, y ¿no está aún harto de hacer sus guerras?

-¡Jamás -dice Ganelón-, en tanto viva su sobrino! nadie tan valeroso como Roldán bajo el manto del cielo. Es tan valiente como su compañero Oliveros. Y los doce Pares, tan queridos por Carlos, forman su vanguardia con veinte mil caballeros. Seguro está Carlos, sin temor a ningún hombre viviente.

## XLII

-Me maravilla grandemente -dice el sarraceno-. Carlomagno está ya canoso y blanco. Según mi cuenta, ha de tener más de doscientos años. Por tantas tierras ha pasado en sus conquistas, tantas heridas recibió de buenas espadas cortantes, mató y venció en batalla a tantos poderosos reyes, y ¿aún no se harta de guerrear?

-Jamás -dice Ganelón-, mientras viva Roldán. No hay otro tal desde aquí hasta el Oriente. Y tan bravo como él es su compañero Oliveros. Y los doce pares, que Carlos ama tanto, forman su vanguardia, con veinte mil franceses. Carlos está en seguro. Él no teme a hombre vivo.

## XLIII

-Buen caballero Ganelón -dice el rey Marsil-: tengo un ejército; nunca veréis uno más bello. Puedo juntar cuatrocientos mil caballeros: ¿No podré combatir a Carlos y a sus franceses?

-¡No hay tal! -responde Ganelón-. Perderíais allí vuestros infieles en masa. Dejaos de locuras. Sed prudente. Dad al emperador tantos bienes que todos los franceses queden asombrados. Por veinte rehenes que vos le enviéis, el rey se volverá a la dulce Francia. Tras él irá la retaguardia. Creo que su sobrino, el conde Roldán, irá en ella, y Oliveros también, el cortés y el esforzado; ya son muertos los dos Condes, si encuentro quien me escuche. Carlos verá abatido su orgullo, y le pasarán los deseos de seguirsos combatiendo.

## XLIV

-Buen caballero Ganelón -dice Marsil-. ¿Cómo podría yo hacer que pereciera Roldán?

-Muy bien lo podré decir -responde Ganelón-. El rey vendrá a los mejores puertos de Cize. Tras él quedará la retaguardia. Allí estará su sobrino Roldán, y el poderoso conde Oliveros, en quien tanto confía, y en su compañía veinte mil franceses. De vuestros infieles enviadles cien mil, y que libren una primera batalla. Las tropas de Francia serán allí maltrechas y las vuestras sufrirán gran matanza. Pero librad asimismo una segunda batalla. Que caiga en la una o en la otra, Roldán no podrá escapar. Habréis así cumplido una hermosa gesta de caballería, y en toda vuestra vida no tendréis guerra.

## XLV

-Quién pudiera conseguir que allí mismo fuera muerto Roldán; Carlos perdería el brazo derecho de su cuerpo, y esto sería el fin de esos maravillosos ejércitos. Jamás reunirá Carlos tan grandes levas, y la Tierra de los Mayores quedaría en reposo.

Marsil, al oír esto, besa en el cuello al franco y después empezaron a llegar sus tesoros...

## XLVI

-Nada vale un acuerdo -dice el rey Marsil-. Habréis de jurarme traicionar a Roldán.

-Sea así, como os plazca -responde Ganelón-. Y sobre las reliquias de su espada Murgleis jura la traición, y así quedó ajustada la fechoría.

## XLVII

Había allí un sitio todo de marfil. Marsil hace traer un libro donde está escrita la ley de Tervagán y de Mahoma. Jura, el sarraceno de España que, si en la retaguardia se encuentra a Roldán, le atacará con toda su gente, y si le es dado hacerlo, allí morirá Roldán.

Ganelón responde: -Pueda vuestra voluntad cumplirse.

## XLVIII

Viene entonces un infiel, Valdabron, y se acerca al rey Marsil. Con franca sonrisa, habla a Ganelón:

-Tomad mi espada. No hubo otra mejor. El pomo solamente vale más de mil monedas de oro fino. Por amistad, hermoso caballero, os la doy; vos nos ayudaréis en la empresa de alcanzar la retaguardia del valeroso Roldán.

-Así será -responde el conde Ganelón. Y se besan en el rostro y en la barba.

## XLIX

Llega después Climorin, otro infiel, y con clara sonrisa dice a Ganelón:

-Tomad mi yelmo; no sé de otro más preciado, y ayudadnos contra el marqués Roldán, en tal medida que podamos afrentarlo.

-Así será -responde Ganelón. Y se besan en la boca y en el rostro.

## L

Llega después la reina Abraima, y dice a Ganelón:

-Os quiero mucho, señor, porque mi señor y todos sus hombres os quieren grandemente. A vuestra mujer enviaré dos collares. Son todos de oro, con jacintos y amatistas. Más valen que todas las riquezas de Roma. Vuestro emperador jamás los tuvo tan bellos.

Los ha tomado el conde y los guarda en su escarcela.

## LI

Llama el rey a Malduit, su tesorero.

-¿Está dispuesto el tesoro para Carlos?

-Lo está, señor, -responde- con lo mejor: setecientos camellos cargados de oro y plata, y veinte rehenes de los más nobles que existen bajo el sol.

## LII

Marsil pone la mano sobre el hombro de Ganelón y le dice:

-Sois prudente y esforzado. Por esta ley que vos tenéis por la más santa, no retiréis ya más de nosotros vuestro corazón. Quiero daros en masa mis riquezas: diez mulos cargados de oro, el más fino de Arabia. No pasará año que no os haga don parecido. Aquí están las llaves de esta ancha ciudad. De sus grandes tesoros hago ofrenda al rey Carlos. Más seguid que Roldán quede a la zaga. Si con él logro topa en algún puerto o desfiladero, yo he de entablar con él una batalla a muerte.

-Me parece que ya tardo demasiado -responde Ganelón. Y montando en su corcel va por su camino.

## LIII

El emperador retorna a sus cuarteles. Ha llegado a la ciudad de Gulina, que el conde Roldán había tomado y destruido. Cien años estuvo desierta desde ese día. El rey aguarda nueva de Ganelón y el tributo de la España, la grande tierra.

Al alba, cuando el día se levanta, Ganelón, el conde, llega a su campo.

## LIV

Mucho madrugó el emperador. Ya escuchó la misa y los maitines, y ante su tienda está erguido sobre la verde hierba; allí están Roldán y Oliveros, el esforzado, Naimón el duque y muchos otros. Llega el felón, el perjuro Ganelón, y comienza a hablar con gran astucia, diciendo al rey:

-Dios os salve. De Zaragoza os traigo las llaves, helas aquí, y he aquí también un gran tesoro que os traigo y veinte rehenes: ponédlos bajo buena guardia; y el rey Marsil, el esforzado, os manda decir que, si no envía al Califa, no debéis culparlo. Yo vi con mis ojos a cuatrocientos mil hombres en armas, vestidos de cota, muchos ya con el yelmo atado y ceñidas las espadas de pomo de oro nielado, que escoltaban al Califa hasta cruzar con él el mar. Hufan de Marsil a causa de la ley cristiana que no querían recibir ni guardar. Pero no habían singlado cuatro leguas al viento cuando la tempestad y el huracán los sorprendieron. Todos se ahogaron; jamás veréis ya de ellos ni uno solo. Si el Califa estuviese con vida, yo lo hubiera traído. En cuanto al rey pagano, señor, tened por cierto que no habrá pasado este primer mes sin que os siga al reino de Francia. Él recibirá la ley que vos guardáis. Con las manos a Dios se volverá vuestro hombre. De vos tendrá el reino de España.

-Que sean dadas gracias a Dios -dice el rey-. Bien me habéis servido, y por ello tendréis gran recompensa.

Entre las filas de los ejércitos resuenan mil clarines. Los francos levantan el campo y cargan las acémilas. Y todos se encaminan hacia la dulce Francia.

## LV

Carlomagno asoló España. Tomó los castillos, violó las ciudades. Su guerra -dice- está acabada. Hacia la dulce Francia cabalga el emperador. A la noche, el conde Roldán sujeta a su lanza el gonfalon. En la cima de un otero lo yergue hacia el cielo. A esta señal, los francos acampan por todo el contorno. Entonces, por los anchos valles, vienen cabalgando los infieles. La cota llevan puesta, el escudo al cuello, atado el yelmo, la espada ceñida y la lanza aparejada.

En un bosque, en la cima de los montes, hacen alto. Son cuatrocientos mil los que esperan el alba. ¡Dios, qué dolor que nada sepan los franceses!

## LVI

El día se va. La noche se hace negra. Duerme Carlos, el poderoso emperador. Tuvo un sueño: estaba en los grandes puertos de Cize. Entre sus puños tenía su lanza de fresno. El conde Ganelón la arrebató, y tan rudamente la sacude, que hacia el cielo vuelan las astillas. Carlos duerme. Aún no despierta.

## LVII

Después de esta visión otra le sucede. Sueña que está ya en Francia, en su capilla de Aquisgrán. Un oso cruel le muerde el brazo derecho. Del rumbo de Ardena ve venir a un leopardo que, osadamente, se arroja a su cuerpo. Del fondo de la sala se precipita un lebre. Corre hacia Carlos al galope y, brincando, corta al oso la oreja derecha y lucha furiosamente con el leopardo. Dicen los franceses:

-¡He aquí una grande batalla! ¿Cuál de los dos vencerá?

No lo saben. Carlos duerme. No ha despertado.

## LVIII

Pasa la noche, el alba se levanta clara. Entre las filas del ejército el emperador cabalga altivamente. -Señores barones -dice el emperador Carlomagno-. Examinad los puertos y los pasos estrechos y escogedme quien haga la retaguardia.

-Será Roldán, mi hijastro -dice Ganelón-. No tenéis barón de tan grande valentía.

El rey le escucha, le mira duramente. Después le dice:

-Sois un demonio. Se os ha entrado en el cuerpo un mortal frenesí. ¿Quién irá, pues, ante mí a la vanguardia?

-Ogier de Dinamarca -responde Ganelón-. No tenéis barón que mejor que él lo haga.